

Capítulo 10

Nuevos retos de la educación superior en el contexto de los valores democráticos modernos: devaluación de la autoridad y crisis de la cultura en el ámbito de las humanidades

Juan Carlos Orejudo Pedrosa¹

<https://doi.org/10.61728/AE24300100>

¹ Docente investigador de la Unidad Académica de Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Zacatecas, orcid.org/0000-0001-8866-0334, e-mail: juancarlos_orejudo76@yahoo.es

Resumen

Analizaremos en este ensayo el debate en torno a la igualdad de oportunidades en la educación superior, los diversos y múltiples proyectos de vida que se plantean en la etapa estudiantil, la educación moral, la relación con la autoridad educativa, el papel activo del estudiante en su propia educación. Tomando en cuenta las inquietudes de los estudiantes, algunas experiencias concretas en el proceso de enseñanza-aprendizaje son cruciales para un análisis de la realidad social de las escuelas y de las universidades, enfocadas a promover una educación integral de los estudiantes, los cuales sienten la necesidad de ser fortalecidos moral y cognitivamente durante su formación y proceso educativo para enfrentar con determinación su destino en la vida real, su incorporación a la vida laboral, y concretamente, en su desarrollo personal como individuos que aspiran a ser reconocidos por sus semejantes, guiándose en la vida por valores reconocidos y compartidos por los miembros de la sociedad en la que viven.

La educación superior es un campo de oportunidades en principio abierto para todos, regido por unos principios democráticos que parten del derecho a la educación de todos los ciudadanos por igual. El reto y las dificultades actuales se plantean, como sostienen algunos pensadores de gran envergadura como Jürgen Habermas, Hannah Arendt, Paul Ricoeur, Alain Renaut y Martha C. Nussbaum, en el contexto de la modernización de las universidades tal como las conocemos en la actualidad que ya no se rigen por modelos rígidos y jerárquicos sino que se amoldan a los nuevos criterios de las universidades de masas propias de las sociedades democráticas, dominadas por las tecnociencias, las nuevas formas de comunicación de masas, lo cual, inexorablemente, conlleva una debilitación de la autoridad por parte del profesor, y en consecuencia, como sentencia Hannah Arendt, a una crisis de la cultura. El fin último de la educación, según Rousseau, consiste en formar a un hombre libre y razonable, que sepa estar en el mundo, consigo mismo y con los demás.

Introducción

La educación superior es una cuestión social y políticamente de primer orden desde el momento que el destino de nuestros hijos está directamente implicado. La educación es una idea central de las vidas humanas no solo en occidente, sino en el mundo entero, una preocupación moral que implica una obligación de las instituciones sociales y políticas de nuestro tiempo, comprometido con el destino de la humanidad, que apuesta definitivamente por el diálogo, las palabras orientadas a la comunicación y a la creación de espacios públicos cada vez más inclusivos, democráticos, donde impera la igualdad de todos los hombres ante la ley, la igualdad de oportunidades, en el cual emerge la figura del individuo libre que sabe hacer un uso público de la razón (Kant) capaz de guiarse a sí mismo de manera autónoma en su vida adulta sin necesidad de tutores externos que reducen o disminuyen la libertad. En términos rousseauianos, el hombre libre solo obedece los principios de la razón enraizados en su propia subjetividad. Ninguna verdad se me impone desde una exterioridad absoluta, sea dios o la naturaleza, y este es precisamente el presupuesto de la educación humana en un mundo laico o aconfesional: el hombre accede al verdadero conocimiento o a la verdad, o al mundo simple y llanamente, entrando a formar parte del mundo humano que los hombres han creado, fabricado o adaptado a sus necesidades.

Marco conceptual

La educación en un sentido laico y moderno se define esencialmente por el hecho de que solo el hombre educa al hombre. La cultura humana presupone, de manera diría que universal, que el mundo o la naturaleza nos precede en el pasado (es anterior a todos nosotros) y que de manera necesaria perdurará en el futuro. La condición humana es la mortalidad, mientras que el mundo en el cual vivimos y nos desarrollamos nos precede y nos trasciende en el tiempo y el espacio. La cultura pone en contacto al hombre con su propia finitud, así como con los misterios del tiempo y de la historia humana, y con las creencias más fuertes que nos vinculan

con la tradición. La educación no puede ni debe erradicar nuestras convicciones morales y religiosas más enraizadas en nuestra subjetividad, sino que su misión consiste en un cambio de perspectiva que implica un proyecto de humanidad basada en la razón, las pruebas de verificación científicas y los argumentos racionales que se han ido desarrollando en la historia en aras de la búsqueda incesante de la verdad sobre el hombre y el mundo, creando las condiciones de una postura crítica y reflexiva sobre nuestra actividad como seres pensantes y reflexivos.

La intervención humana es esencial a la educación, tanto en el ámbito familiar como escolar o universitario. Es reconocer el carácter artificial de la educación, de tal manera que, incluso Rousseau lo afirma, reconocer dicho artificio permite estrechar los vínculos que unen a la educación con las normas, el ordenamiento jerárquico de los valores, las leyes morales y sociales, las disposiciones jurídicas y racionales, el complejo de normas que ordenan el saber y el conocimiento. No eludimos el ordenamiento jurídico y normativo de la educación, no obstante, pondremos un mayor énfasis en la finalidad última o fines ineludibles de las instituciones educativas, en otras palabras, en su valor social y humano. Concretamente, la educación es uno de los valores fundamentales de las civilizaciones antiguas y modernas que han privilegiado la cultura de la palabra, de la comunicación, de la transmisión del saber y del conocimiento como fundamentos del progreso de la humanidad en el plano moral y cognoscitivo: conocerse a sí mismo y el mundo circundante que habitamos es, a nuestro juicio, central en cualquier programa educativo. En el plano moral señala Hannah Arendt, el educador no es únicamente responsable de la educación del estudiante, sino de manera más esencial y autoritaria, responsable del mundo humano, de su perduración y conservación en el tiempo a través de la enseñanza:

En la educación, esta responsabilidad con respecto al mundo adopta la forma de la autoridad. La autoridad del educador y las calificaciones del profesor no son la misma cosa. Aunque una medida de calificación es indispensable para tener autoridad, la calificación más alta posible nunca genera autoridad por sí misma. La calificación del profesor consiste en conocer el mundo y en ser capaz de darlo a conocer a los demás, pero su autoridad descansa en el

hecho de que asume la responsabilidad con respecto a ese mundo. Ante el niño, el maestro es una especie de representante de todos los adultos, que le muestra los detalles y le dice: “Éste es nuestro mundo” (Arendt, 1996, p. 201).

El debate actual, como veremos, gira en torno al dilema entre la cultura y la ciencia, de tal modo que algunos autores se refieren a la cultura, a la alta cultura, como *leitmotiv* de la educación superior, o la ciencia entendida como la única vía para llegar a justificar racionalmente las teorías científicas. Los autores ilustrados se centran en los valores de la ciencia, en su valor instrumental al servicio del progreso. Esta idea está presente en la mayoría de los pensadores ilustrados, Rousseau, Kant, Lessing, Condorcet, quienes defienden de manera unánime no solo la idea de progreso, sino el hilo conductor de los valores ilustrados: el hombre y la humanidad en su conjunto pueden y deben ser mejorados, a través de la educación, por medio de la transmisión del conocimiento y la divulgación de la ciencia. Los pensadores románticos y modernos hacen valer no solo los adelantos tecnológicos y científicos, sino también la producción de las obras del espíritu, el arte, el pensamiento, las obras literarias e historiográficas.

Martha C. Nussbaum retoma como título de una de sus obras más personales y emblemáticas sobre la educación superior o universitaria, una sentencia de Séneca que sintetiza perfectamente el carácter humano/humanístico de la educación, más allá de la preparación concreta de los estudiantes para una profesión u oficio especializado: “El cultivo de la humanidad”. El hombre no se define únicamente por su inscripción fija en la naturaleza, sino que también crea cultura y se perfecciona a través de la cultura y de la educación. El hombre no es únicamente naturaleza, sino además y de manera esencial, cultura. Es por naturaleza un ser cultural y, por tanto, histórico. El hombre no solo es lo que es por naturaleza, sino que también se hace a sí mismo a través de sus valores y decisiones libremente asumidas y aceptadas.

El niño, a través de la educación, debe ser capaz de descubrir por sí mismo la verdad sin que le sea impuesta desde el exterior, o bien, dicho de otro modo, la educación implica que el niño no nace sabiendo todas las verdades, sino que las va descubriendo por sí mismo a su debido

tiempo. El hombre, a través de la educación, se va haciendo cada vez más racional, capaz de guiarse a sí mismo a través de su razón, de ser libre y de darse a sí mismo la ley, como afirman tanto Rousseau como Kant. Por otra parte, la libertad humana no se adquiere plenamente sin la conciencia de la fragilidad humana, de sus limitaciones existenciales, el hombre por su condición no lo puede todo.

El hombre, como ser moral, debe partir de la aceptación de que todos dependemos los unos de los otros, que ninguna vida humana es posible fuera del marco de la sociedad, el nicho moral y social donde encuentra el hombre un cobijo contra los males que pueden azotar la existencia humana, expuesta al dolor, la enfermedad y la muerte. La principal función de la educación es preparar al hombre para la vida, sus vicisitudes, cambios de fortuna y las incertidumbres constantes de la vida, sujeto a renovaciones y cambios constantes de formas de vida, lo cual hace del hombre un ser en continua búsqueda de sí mismo, en un mundo incompleto, como ser carente e insuficiente. Un ser totalmente autosuficiente como la divinidad o la naturaleza, no requiere del complemento de la cultura. El hombre, en cambio, no puede desenvolverse en el mundo sin la ayuda y el soporte de la cultura que le permite resguardarse del poder destructivo de la naturaleza.

Propuesta metodológica

Proponer que el fin de la educación es la humanidad, es la opción moderna de la cual aún no nos hemos desdicho. En el mundo antiguo, por ejemplo, los griegos eran los principales beneficiarios de la educación y de la cultura griega. En cambio, en la época moderna, la educación se ha declarado como un derecho universal, como un derecho que está en nuestras manos, en cada momento, hacer realidad. La educación, ideal en época de democracia, de paz y prosperidad, puede desarrollarse también, a trompicones, en otros contextos. Paradójicamente, en épocas de grandes crisis políticas y económicas, es cuando la población siente una gran necesidad de cultura, más que nunca se provee de libros y se informa diariamente a través de periódicos y de la radio, de lo que ocurre en el mundo. Se suele comentar con cuánto anhelo se esperaba durante

semana, incluso meses, el último número de la *Revista de Occidente* fundada por Ortega y Gasset, en una época tan complicada de España, la dictadura de Franco. En las épocas en las que están prohibidos los libros, estos se leen en la clandestinidad, las personas se agrupan, leen en voz alta. La cultura se convierte en algo vivo que se respira y se transpira, está en el aire desde que amanece. Nos hace partícipes del peligro, ocupa el espacio público.

Actualmente, es una escena tan cotidiana, vemos a los jóvenes aburridos y desmotivados, encerrados en sí mismos, nadie sabe en qué piensan. Algunos profesores, medio en broma, comentan, los jóvenes no se expresan, saben hablar, pero prefieren callarse. La cultura, en esta nueva época, se canaliza a través de la música, la música pop, rock, punk, lo cual sigue estando muy presente en los jóvenes y no tan jóvenes de nuestros tiempos. Priman los medios audiovisuales, la vestimenta, como la moda, se convierte en un símbolo juvenil. Las diferentes marcas concurren en un sistema de mercado que estipula los valores y el significado de las cosas, las motos significan velocidad y aventura, las torres más altas el poder y la riqueza. La cultura es denunciada como un síntoma de decadencia, en cambio, la educación anuncia nuevas posibilidades de cambio y de esperanzas.

La cultura es un concepto más general y amplio que el de educación. En nuestra época, la cultura es un rasgo que define a una sociedad o a una nación particular, dando lugar a la cultura francesa, alemana, por mencionar algunas. También se habla de la cultura campesina, de la cultura juvenil, de la cultura de los arrabales. Hablamos de educación de la humanidad, aunque realmente, la educación es francesa, alemana, etcétera. La educación, al igual que la cultura, se convierte en uno de los derechos humanos que pocos actualmente ponen en duda. La educación es un derecho, ¿una obligación? No hay que olvidar que también es un valor, un ideal y una forma de vida.

Metodológicamente, partimos de la educación como la acción o acciones que ayudan, permiten y llevan a un niño a pasar de la naturaleza a la cultura. La educación se caracteriza temporalmente como un espacio de transición, institucionalizado, definido como una etapa crítica y de grandes riesgos y de cambios sustantivos en la persona: el paso de niño a adulto, el paso de adolescente menor de edad a ciudadano plenamente

incorporado al mundo laboral. A cada etapa le corresponde una institución educativa: la escuela, la universidad. Vayamos a otra paradoja, Rousseau que no pasó por ninguna institución educativa, ni por la universidad, fue el autor de su época más preocupado por la educación. Su obra más conocida, *Emilio o sobre la Educación*, fue su libro más leído, incluso por sus enemigos más encarnizados, como Voltaire. El modo de Rousseau de acercarse a la educación es ¿metafórica? Se va precisando a lo largo de la historia, eso queremos pensar. No obstante, pertenece, eso no se puede negar, al misterio de la vida: la naturaleza se desarrolla, los niños crecen, aunque no intervengamos. Una tierra sin cultivo no da frutos, lo mismo un niño sin educación.

Cultivamos la tierra con el fin de sus frutos, de la educación también esperamos los frutos deseados. Actualmente, las naciones apuestan por la educación. La educación va dirigida a los estudiantes. En este trabajo, se mostrará la importancia de los estudiantes, sin los cuales, las instituciones educativas decaen, incluso desaparecen en último término.

El fin de las instituciones educativas dependen del estudiantado, que no solo representa el futuro de las nuevas generaciones docentes e investigadoras, sino, además, de los futuros lectores y actores de la cultura humana, en cualquier parte del mundo. Por ello, la educación ha sido tan crucial desde la temprana infancia, vinculada a la cultura y el cultivo de la tierra. Simbólicamente aparecen “cultivar” y “cultura” como una sola idea en nuestra mente, como una metáfora: no podemos imaginar una rosa sin pensar en su belleza. La tierra que cultivamos con tantas inquietudes y esfuerzo nos hace pensar, imaginativamente, en los trabajos diarios y cotidianos implicados en la educación de los niños.

Metodológicamente, nos referiremos a través de nuestra investigación documental, tanto histórico como conceptual, a la educación en los niveles superiores, a los retos actuales de una educación democrática, en las universidades de libre acceso. Asimismo, nuestra investigación aportará algunos análisis en lo referente a las problemáticas de las actuales universidades modernizadas, que implican cada vez más que los profesores requieran renovarse y adaptarse, en cada momento, a las necesidades del presente, las nuevas tecnologías, entre otros. ¿Debe la universidad servir exclusivamente a las necesidades de la sociedad? ¿Cabe, como proponen

algunos idealistas, encontrar algunas respuestas en la filosofía de los antiguos, en los estudios humanísticos, de Cicerón a Séneca, de Montaigne a Rousseau, inclusive Kant? Las universidades contemporáneas, esa es la realidad, se edifican y estructuran desde los criterios de la ciencia moderna, la cual, ha cambiado totalmente nuestra percepción del mundo.

Desde el punto de vista de una investigación documental e histórica, así como crítica, no cabe pasar por alto las necesidades de la educación, su realidad más concreta, sus necesidades materiales, desde el plano económico incluso político. Las inquietudes ideales, que siempre chocan con la realidad, no nos impide repensar en las fuentes humanísticas, incluso utópicas, que animan y estimulan a la educación desde sus comienzos y orígenes. La filosofía propone ideales, en ocasiones, que no podemos inmediatamente ver y tocar, que nos parecen difíciles o casi imposibles de realizar. Volvamos a otra paradoja, el oráculo de Delfos que nos muestra una fuente... de nuevo el misterio, el agua, la fuente de la vida, para Heráclito también la fuente de nuestra degeneración, inspira a la pitonisa, que sabe inmediatamente lo que tiene que decir, ¿No ocurre lo mismo a la madre que sabe en todo momento las palabras justas que debe pronunciar para educar a su hijo? ¿De dónde proceden y brotan esas palabras?

Martha C. Nussbaum oportunamente menciona el carácter oracular de los primeros maestros del pensamiento griego: “El poema de Parménides representaba al filósofo como un iniciado (...) Empédocles decía poseer un conocimiento especial basado en su propio largo ciclo de encarnaciones como ‘niño, niña, arbusto, pájaro y un mudo pez marino’ (...) Heráclito comparaba sus concisos aforismos con las máximas del oráculo de Delfos”. (Nussbaum, 2005, p. 40) Tanto las escuelas como las universidades, funcionan como oráculos. Son benefactoras, hacen propicio el bien, como los oráculos, proveen el bien futuro, a sus estudiantes. A la pregunta de Kant “¿Qué debo hacer?”

La educación tiene respuestas positivas que ayudan a los estudiantes a través de programas de estudios, tutorías, a orientarse en la vida y planificar su futuro. La educación tiende a ser cada vez más personalizada. El valor moral de la educación es prioritario: fracasa la educación, y en general la cultura, si produce geniales matemáticos que se convierten en criminales. Las escuelas y las instituciones educativas conminan a sus alumnos y

alumnas a comportarse bien. El bien, valor supremo para Platón, sigue siendo el motivo principal de toda educación. Es el principio básico y absoluto de toda educación digna de llevar ese nombre. “El cultivo de la humanidad” es la metáfora que utiliza Martha C. Nussbaum, aludiendo a Séneca. Hannah Arendt nos recuerda que mirar al pasado es totalmente necesario, para enfrentar con dignidad y sentido nuestro futuro, no solo a los clásicos de la antigüedad, sino también a nuestros antepasados modernos, con sus inevitables errores, defectos y fracasos, como Rousseau. Veremos, no tanto en este trabajo, sino en el espíritu que lo anima, que también de los errores se aprende. En este trabajo, nos centraremos principalmente en los aciertos y en las propuestas positivas que dan cuenta del progreso y de los avances de la educación en nuestro tiempo.

La primera metáfora que utiliza Rousseau para referirse a la educación es el arte del cultivo y de la agricultura, es decir, el cultivo de las plantas que requieren de grandes cuidados y de atenciones. La segunda metáfora para referirse la educación que utiliza Rousseau es precisamente la que hace referencia al arte de la navegación. Desde este punto de vista, la educación es considerada metafóricamente como una aventura marítima con sus escollos y peligros que el alumno en cada momento tendrá que enfrentar. Desde este punto de vista, la educación es un viaje no exento de peligros y de obstáculos que ponen a prueba la entereza y la fortaleza del cuerpo y del espíritu del estudiante. La educación, en un sentido general, desde la infancia hasta la edad adulta, constituye un alimento, un cultivo y un viaje marítimo que requiere en todo momento de la atención de los padres y educadores. Rousseau cuestiona que la única autoridad válida para el hombre moderno sea la razón, la ciencia abstracta y el razonamiento frío y calculador.

Rousseau propaga la duda sobre una de las ideas más firmes y fundamentales de la Ilustración: ¿La ciencia y el arte contribuyen al progreso y al mejoramiento de la especie humana? Desde este planteamiento crítico y moralizador, la educación no es recibida ingenuamente como un bien caído del cielo, o como los frutos que brotan espontáneamente de la tierra, sino que requiere de una constante revisión y clarificación, nada se da por supuesto en el ámbito de la educación, la cual es tan imperfecta como mejorable. A diferencia de las ciencias puras como las matemáti-

cas o la geometría, la enseñanza no constituye una ciencia infalible sino un arte en constante cambio, cuyo campo de trabajo, es precisamente la experiencia concreta de la enseñanza y la sabiduría práctica de muchas generaciones de profesores que han transmitido a través de los siglos el saber propio de la docencia.

Hannah Arendt retoma a su manera el planteamiento crítico de Rousseau; en otras palabras, la educación es imprescindible para la humanidad, un valor irrenunciable, lo cual, por otra parte, no quiere decir que sea perfecta la educación que recibimos, sino que siempre puede mejorarse. Es una institución social en perpetuo cambio y con reformas constantes. Incluso puede afirmarse que la educación contiene nuevos problemas, los problemas propios de la docencia, la cual se enfrenta a los problemas que se hacen visibles en los procesos educativos, de tal manera, que la educación es y será siempre un problema constante para sí misma. Lo problemático del hombre se traslada de manera perfecta en el terreno de la educación que nos modela y estructura como seres humanos sociales y socializantes. Cuestionar la educación es una constante de la humanidad y del progreso humano. La educación pretende construir o modelar al hombre a partir de los valores humanos de una comunidad concreta, pero también apuesta por la capacidad de autodeterminación de los hombres considerados como individuos libres e iguales.

Una de las ideas con mayor repercusión en la Ilustración, desde Condorcet y los enciclopedistas (Diderot, Voltaire y D'Alembert) consistía en afirmar que el progreso de las ciencias y de las artes conduciría a un mejoramiento de la humanidad. Rousseau, se separa de los enciclopedistas al sostener, incluso en su obra tan crucial como *El Emilio* o sobre la Educación, que el hombre no se define por su saber o su inteligencia sino por la libertad, es decir, por la moral. Kant extraerá una gran lección de esta frase del Emilio de Rousseau: "podemos ser hombres sin ser sabios" (Rousseau, 1966, p. 378). Rousseau aboga por un progreso moral del hombre, no solo en el ámbito del conocimiento y del saber científico. Rousseau desde el primer discurso había advertido la incompatibilidad entre ciencia y virtud. En el Emilio, considera la educación moral del hombre como una parte fundamental del progreso humano.

En el Emilio, Rousseau manifiesta en varias ocasiones la importancia

de la autoridad del educador sobre el alumno, autoridad que algunas veces va acompañada de sanción: “Emilio es huérfano. Poco importa que tenga su padre y su madre. Encargado de sus deberes, yo adquiero todos sus derechos. Él debe honrar a sus padres, pero solo deberá obedecerme a mí. Es mi primera o más bien, mi única condición” (Rousseau, 1966: 57). Más adelante afirma Rousseau: “Tomad un camino contrario al de vuestro alumno; que el crea siempre ser el jefe, y que seas tú quien siempre lo sea (...) Haciendo solamente lo que le conviene, pronto hará lo que él debe hacer” (Rousseau, 1996, p. 150).

El hombre que pasa por las fases de la educación que propone Rousseau deja de estar sujeto a las leyes de la naturaleza para adquirir y aprender una nueva forma de estar en el mundo, con los otros seres humanos, y que Rousseau denomina Estado Civil o educación (moral) que conduce a la adquisición de la cultura humana que implica la sociabilidad del hombre. El fin último de la educación consiste en formar a un hombre libre y razonable, que sepa estar en el mundo, consigo mismo y con los demás.

La educación del Emilio de Rousseau en cierto sentido puede entenderse como una educación sin autoridad ni sanción, en la cual el alumno puede desarrollarse libremente sin ninguna coacción con el fin de que nada pueda obstaculizar su propia búsqueda de la verdad. Albert Jacquard, Pierre Manent y Alain Renaut debaten los pros y los contras de una educación sin autoridad ni sanción, inspirándose en la obra clásica publicada por Jean-Marie Guyau en 1885 titulada *Esbozo de una moral sin autoridad ni sanción*. Según el argumento de estos autores: “la perspectiva de una moral sin obligación ni sanción sería la de una moral que, al emanciparse públicamente de la religión, se pone al servicio de la cultura de la autodeterminación individualista” (Jacquard, Albert, 2004, 35). Jacquard pone énfasis en la etimología del término “educación”:

Educare quiere decir “conducir fuera de...” Educere, conducir fuera ¿de qué? ¿A quién? A un niño fuera de sí mismo (...) Te voy a enseñar que tú eres, que puedes mirarte desde fuera, que vas a construir algo extraordinario: a ti mismo. Sin embargo, no puedes hacerlo solo. Estás obligado a hacerlo en relación con los otros (Jacquard, 2004, pp. 16-18)

Pierre Manent pone de manifiesto la tensión dentro del proceso educativo entre sociedad y verdad, entre valores cívicos y la búsqueda imparcial y desinteresada de la verdad científica: “La ciudad en la que vivimos es, para nosotros, como una caverna. Desde este punto de vista, la educación tendrá dos metas: enseñarnos en primer lugar a habitar la caverna –es la educación en la civilidad– y enseñarnos a salir de la caverna –es la educación en la verdad–. Creo que debemos ser conscientes de esta tensión entre el aprendizaje de la civilidad y el aprendizaje de la verdad”. (Jacquard, 2004, p. 27). Alain Renaut haciéndose eco de Hannah Arendt, aunque no incurriendo en un culto al pasado antimoderno. De ninguna manera la crítica de Renaut hace un llamamiento a las formas de autoridad basadas en el dominio autoritario y tiránico del padre de familia sobre sus hijos (Renaut, 2004, pp. 158-171) sino reconociendo que ha habido un progreso en la educación actual respecto al pasado.

Renaut defiende la educación en el mundo moderno como un derecho universal para todos hombres por igual sin distinción de raza, sexo, nación, clase y cultura. La educación no es un privilegio de unos pocos, sino un derecho que debe ser respetado y cumplido universalmente. No obstante, cae en la cuenta Renaut, siguiendo a Hannah Arendt, en la dificultad de hacer compatibles los valores democráticos de igualdad con el reconocimiento de una autoridad o superioridad del profesor sobre el alumno en el dominio educativo:

Nos enfrentamos, pues, aquí a una figura particularmente compleja provocada por la dinámica democrática de la igualación de las condiciones en lo que tiene, como ya decía Tocqueville, de inexorable: por un lado, ya no podemos excluir al niño del estatuto de “semejante” que es, por definición, el del individuo democrático y, en consecuencia, tanto en la escuela como en la familia, establecemos con él, cada vez más, relaciones que, de hecho, se desarrollan sobre bases igualitarias (por ejemplo, cuando nos privamos del recurso a los medios “autoritarios” de dominación); pero por otro lado, este régimen de la similitud es impracticable en sus últimas consecuencias, aunque sólo sea porque parece difícilmente compatible con la idea misma de la educación y con una relación con el niño que, en tanto que relación educativa, se funda sobre una superioridad del educador sobre el educado. (Jacquard, 2004, pp. 41-42)

En las sociedades modernas secularizadas se ha tomado la decisión de que la humanidad se decide y define, no en el lejano horizonte de una trascendencia divina o natural, sino en un aquí y ahora, en función de los procesos sociales e históricos. La idea democrática parte de que el hombre, en cada momento histórico, en su aquí y ahora, puede elegir libremente a sus gobernantes, sus normas y leyes, lo cual se produce de manera inesperada e imprevisible en cada momento de la historia humana. La educación propicia en cada momento un nuevo comienzo de la historia al enfrentarse a los futuros habitantes y legisladores del mundo. En cada curso escolar o universitario, los alumnos que entran son nuevos, los profesores se enfrentan cada día con una realidad que es novedosa, impredecible, y hasta cierto modo, incontrolable.

Cada vez es más difícil crear un orden en las aulas, los alumnos son libres de responder y de criticar a sus maestros, pero siempre dentro del orden y la disciplina. La educación en un sistema escolar y universitario laico no debe recurrir a la violencia ni el autoritarismo desmedido por parte de los profesores, pero ello no implica necesariamente que el alumnado no sea capaz de reconocer ninguna autoridad, ni que pierda el respeto a los demás. La crítica dentro de las aulas debe ser realizada dentro de un sentido estricto de respeto a las personas. Se estimula la crítica a las ideas sin por ello perder el respeto a las personas. Rousseau defiende una educación moral del niño que define como una educación negativa, la cual respeta y promueve la participación activa del estudiante en su propia educación, de tal modo que la educación para Rousseau, que implica una libre investigación de la verdad por parte del alumno, en su camino hacia el autodescubrimiento del yo, que se opone a cualquier forma de adoctrinamiento. La verdad no puede ni debe imponerse por la fuerza, el abuso del poder y de la autoridad, la cual deriva en el autoritarismo, el despotismo y la tiranía. El miedo y el terror no son los medios más adecuados para la educación y el aprendizaje, es decir, la violencia tanto física como verbal no son conformes a la razón. Educar no es solo obligatorio, un imperativo de la razón, sino que tiene también una dimensión autónoma propia del juego.

Existe sin duda la competitividad en el ámbito educativo, donde se ejercen los instintos naturales de superación y de combate o lucha por sobresalir sobre los demás. El sistema educativo pone en primer término

el éxito y los logros educativos a través de premios, reconocimientos, calificaciones. El debate más actual sobre la educación universitaria gira en torno a la encrucijada entre la democratización de la cultura y acceso en masa a las universidades, por un lado, y por el otro, el carácter elitista y de alta cultura de las mismas. El dilema actual se plantea entre cultura general o profesionalización de las universidades públicas.

Lo que adviene en la historia es fruto de las decisiones humanas en cada momento histórico. Hannah Arendt habla de la crisis de la cultura y de la educación en nuestro tiempo descreído y sin sentido de la autoridad en el sentido tradicional. Rousseau no cree en que el hombre decida siempre sabiamente sobre su destino. Rousseau replantea la pregunta de un modo crítico respecto a la naturaleza humana y sus obras: “¿Ha contribuido el restablecimiento de las ciencias y de las artes a purificar o a corromper las costumbres?” Rousseau manifiesta en su obra *El Emilio o sobre la educación* su preocupación por la función del arte y de la ciencia en la época en que le tocó vivir, y su influencia en la educación moral del hombre. La educación moral del hombre constituye no solo el fin de la educación humana en el sentido estricto, es decir, en formar buenos ciudadanos, en otras palabras, la educación cívica que según Martha C. Nussbaum constituye el eje central de una educación liberal en la educación superior, siguiendo el modelo socrático, del hombre que, haciendo uso de las libertades democráticas, no renuncia a la capacidad crítica y reflexiva:

Estamos recurriendo al concepto de Sócrates de la “vida en examen”, a las ideas de Aristóteles sobre ciudadanía reflexiva, y, sobre todo, a las ideas estoicas de griegos y romanos sobre una educación que es “liberal”, en cuanto libera la mente de la esclavitud de los hábitos y la costumbre, formando personas que puedan actuar con sensibilidad y agudeza mental como ciudadanos del mundo. Esto es lo que quiere decir Séneca con el cultivo de la humanidad. La noción de persona bien educada como “ciudadano del mundo” ha tenido una influencia formativa en el pensamiento occidental sobre la educación: en David Hume y Adam Smith dentro de la tradición escocesa e inglesa, en Immanuel Kant en la tradición continental de la Ilustración, Thomas Paine y otros padres fundadores de la tradición norteamericana (Nussbaum, 2005, p. 27).

La tradición humanística centrada en la formación integral del ser humano, la cual, desde Montaigne hasta Rousseau hace hincapié en la libertad humana, desde un individualismo abierto a todas las posibilidades humanas, que hace un uso libre y público de la razón, sin dar nada por sentado, sino únicamente como Sócrates después de haberlo analizado con la ayuda de nuestro entendimiento que nos permite avanzar por medio del juicio y del razonamiento:

Es decir, una vida que no acepta la autoridad de ninguna creencia por el solo hecho de que haya sido transmitida por la tradición o se haya hecho familiar a través de la costumbre, una vida que cuestiona todas las creencias y sólo acepta que sobreviven a lo que la razón exige en cuanto a coherencia y justificación. Esta disciplina requiere el desarrollo de la habilidad de razonar lógicamente, de poner a prueba lo que uno lee o dice desde el punto de la solidez del razonamiento, de la exactitud de los hechos y la precisión del juicio (Nussbaum, 2005, pp. 28-29).

Conclusiones

En este ensayo, nos enfocaremos en el debate sobre la pertinencia de adaptar los programas educativos a las necesidades del mercado laboral, el carácter profesionalizante y especializado de las universidades públicas, como establecimientos orientados hacia una educación profesional, que ayude a la incorporación en el mundo laboral de los estudiantes. En complemento a una formación especializada, algunos pensadores actuales, perciben la necesidad de una educación de cultura general, que no solo forme específicamente a médicos o abogados, sino también a seres humanos en cuanto tales, con sentimientos de dolor y de compasión, sensibles y hospitalarios, para quienes nada humano es ajeno, con la capacidad de crear y disfrutar de la cultura, a través de una educación moral e intelectual que abra a una mayor amplitud de horizontes de sentido y de posibilidades. Es imprescindible, para este fin, desarrollar y promover una educación moral del hombre, consciente de su libertad y de los múltiples riesgos que implica la vida humana en este mundo.

La incorporación de las nuevas tecnologías en la educación media y superior implica grandes riesgos para el libre desarrollo de las facultades morales e intelectuales del estudiante. Incluso se decía en tiempos pasados que el uso abusivo de las calculadoras era una herramienta no exenta de peligros para la enseñanza y el desarrollo de las aptitudes científicas. El gran problema actual que supone el uso de internet y de los medios de comunicación de masas es la pérdida de autoridad del profesor durante las clases, su incapacidad para proponer nuevos contenidos y estimular a los estudiantes moral e intelectualmente, incluso de transmitir un conocimiento de utilidad para el porvenir del alumnado.

El profesorado actual desplazado por las nuevas fuentes de información digitales, no logra captar la atención del alumno, estimular su sed de conocimiento, o influenciarlo intelectualmente en un área especializado del conocimiento. El alumno cada vez más independizado del sistema educativo superior extrae sus valores y principios de otras fuentes con un gran poder de influencia, como la televisión, los medios audiovisuales, internet, el móvil, las selfies, etc. Es decir, las tecnociencias, cada vez más poderosas y omnipresentes en la educación en todos los niveles, interfieren cada vez más en la educación. Las universidades modernas, en el contexto de la democratización de la universidad y de la modernización de los saberes, se han determinado por una cultura cada vez más orientada hacia la especialización, la profesionalización y la utilidad técnicocientífica de los saberes.

La racionalidad científica domina todos los ámbitos del saber, lo cual pone en cuestionamiento si los hombres educados en los actuales sistemas educativos tan determinados por fines pragmáticos e instrumentales, no manifiestan un descuido por las cuestiones morales enfocados en la búsqueda de la vida buena, la vida en común, la felicidad, la salud física y espiritual de los hombres, con base en valores humanísticos y educativos. En un mundo tan preocupado por las cuestiones tecnológicas, económicas y materiales, quizás no sea tan descabellada la pregunta ¿Para qué la educación? ¿Cuáles son los fines que persigue? ¿Es acaso un valor en crisis la educación? En opinión de Hannah Arendt, la educación tiene como función la preservación y conservación del mundo que compartimos, el cual adquiere duración y permanencia gracias a la cultura humana, capaz de rescatar del olvido los motivos del pasado:

El problema de la educación en el mundo moderno se centra en el hecho de que, por su propia naturaleza, no puede renunciar a la autoridad ni a la tradición, y aun así debe desarrollarse en un mundo que ya no se estructura gracias a la autoridad ni se mantiene unido gracias a la tradición. Sin embargo, esto significa que no sólo los maestros y educadores sino todos nosotros —en la medida en que vivimos en el mismo mundo que nuestros hijos y con los jóvenes— debemos adoptar hacia ellos una actitud bien distinta de la que tenemos los unos ante los otros. Debemos separar de una manera concluyente la esfera de la educación de otros campos, sobre todo del ámbito vital público, político, para aplicar sólo a ella un concepto de autoridad y una actitud hacia el pasado que son adecuadas en ese campo, pero no tienen una validez general y no deben reivindicar una validez general en el mundo de los adultos. (Arendt, 1996, p. 207)

Hannah Arendt, al igual que Rousseau, considera la educación como una isla separada del mundo social. Los valores de la educación no están encaminadas a establecer las condiciones de la vida buena, sino la recuperación del pasado por medio de la memoria y la imaginación. Se trata por medio de la educación de situarse idealmente en la brecha entre el pasado y el futuro, que rompe drásticamente no sólo con la continuidad de la historia que se calca en la continuidad sin fin del ciclo de la vida que no deja nada objetivo ni permanente externo a ella misma y en consonancia con la sociedad moderna de consumo, que por sí misma, en opinión de Arendt, carece de sentido. Habermas no concibe la educación moderna sin relación concreta con la reproducción social de los saberes, sin referencia a la realidad social de producción y reproducción de la ciencia en la lógica de su necesario autodesarrollo.

Jürgen Habermas en su obra teoría y Praxis aboga por el desarrollo tecnocientífico de las universidades en función de los nuevos principios de las ciencias sociales como disciplinas capaces de reflexionar de manera crítica sobre los modos de producción históricos y colectivos de los saberes, recuperando así la unidad preconizada por las universidades alemanas del siglo XIX siguiendo, como sostiene Habermas, el modelo de universidad humboldtiano orientado por los valores de la ciencia, en el sentido de la búsqueda por sí misma de la verdad, separada de las

escuelas profesionales-especializadas que garantizaban la adquisición de una habilidad técnica sectorial (Renaut, 1995, p. 126):

No deberíamos abandonar precipitadamente esta herencia de la universidad humboldtiana. Por lo demás, a los estudiantes les conciernen de manera inmediata las decisiones sobre sus estudios. Pero sus intereses y experiencias no coinciden con la de los profesores. Adquieren cualificaciones y se apropian informaciones (así como reglas para generarlas) en vista de una futura praxis-profesional; por ello la conexión objetiva en que la ciencia se inserta cobra para ellos, en general, una actualidad distinta de la que posee para sus profesores. Por otra parte, en las instituciones docentes los estudiantes hacen acopio de experiencias que les confieren competencia en cuestiones didácticas (...) Todos los grupos, profesores, colaboradores científicos y estudiantes, deben tener influencia sobre la organización de una enseñanza (y de la investigación asociada a ella) que satisfaga las legítimas aspiraciones de los estudiantes a una elección entre cursos flexibles de estudios, dirigidos a la preparación profesional, y a la participación en procesos de investigación, así como en la autorreflexión de la ciencia. (Habermas, 1993, p. 359)

Si la educación es el camino del hombre al conocimiento de su realidad social, política, medioambiental, corporal y espiritual, la educación actual es lamentablemente cada vez más virtual, nos aleja un paso más de nuestra realidad hacia una representación figurada-numérica-del mundo. El mundo virtual de los jóvenes y adolescentes nada o poco tiene en común con el mundo real de la gente mayor, que requiere de mayores cuidados en el plano de la salud y del bienestar, embebida en la vida cotidiana, las preocupaciones diarias, la comunicación directa cara a cara. El joven inmerso en su mundo virtual, se aísla cada vez más, se convierte en un *Homo Clausus*, encerrado en sí mismo, incomunicado, silencioso, con poca o nula empatía hacia los demás. Si la educación es un espacio de oportunidades, de incremento del conocimiento, de nuevas y enriquecedoras experiencias, es, ante todo, un lugar de encuentro con el otro. Entre el mundo familiar demasiado natural y el mundo real del trabajo, el periodo de la educación engloba un tramo de la vida individual, (la

infancia, la adolescencia y la vida adulta), en el cual el individuo ensaya, prueba, saborea aspectos poco conocidos de la vida en el ámbito privado, personal y académico, que tienen aspectos esencialmente novedosos, en la que las relaciones entre las personas priman sobre la relación con las cosas, se establecen las primeras amistades y relaciones sentimentales, se pone en primer término el problema de la identidad, el hombre a medio hacer, necesita el reconocimiento de los demás, necesita autoafirmarse en su persona como ser independiente.

En función de su reflexión sobre la universidad en la época de la democratización de la educación superior, Paul Ricoeur sostiene: “Si, por tanto, no se puede ni se debe limitar el acceso a la educación superior, es preciso controlarla y dirigirla” (Ricoeur, 1991, p. 370) Al igual que Hannah Arendt y Alain Renaut, reconoce Ricoeur las dificultades de una educación universitaria para adultos en el cual se reafirma el sistema de dependencia y de subordinación propia de la educación de las etapas inferiores: por ejemplo, en la secundaria, el alumno obtiene su formación podríamos decir directamente del profesor en el aula. En cambio, en el plano universitario se premia la independencia del alumno respecto de la autoridad del profesor, su autonomía como futuro docente e investigador.

No obstante, se sigue preservando de manera inequívoca la relación asimétrica y de desigualdad intrínseca entre el profesor y el alumno en el ámbito universitario como asevera y argumenta acertadamente Paul Ricoeur, quien, por otra parte, adelanta algunos mecanismos para superar las contradicciones internas al sistema educativo universitario. Por una parte, la universidad concebida con fines educativos, es decir, la transmisión del conocimiento a través de la enseñanza, donde prima la relación profesor-estudiante, por otra parte, la universidad con fines científicos orientada a la investigación del más alto nivel, y, por tanto, a la producción del conocimiento validado y reconocido por la comunidad científica:

Es por esta razón por lo que es importante hacer participar a los estudiantes en la vida de la facultad, a la vez sobre el plano institucional y sobre el plano intelectual. No es necesario caer en las quimeras de la co-gestión (...) esto no implica que no haya mucho por hacer-todo por hacer- para reanudar y organizar el diálogo con los estudiantes (Ricoeur, 1991, p. 374).

No hay humanidad sin educación, ni educación sin humanidad; sin estudiantes no existe ni es posible ninguna institución de enseñanza. Precisamente, la desaparición de la universidad francesa a finales del siglo XVIII fue debido fundamentalmente a la caída de la demografía estudiantil (Ferry, Renaut, 1999, p. 265). En respuesta a la crisis histórica de las primeras universidades europeas se crearon en Alemania al hilo del siglo XVIII unas “Escuelas especiales” o “Escuelas superiores profesionales” (Ferry, Renaut, 1999, p. 265). En los tiempos presentes, la crisis de la educación de las universidades contemporáneas se produce paradójicamente en la era de la masificación y de la democratización del sistema educativo superior. Las universidades que conocemos han sufrido una pérdida de sus fines tradicionales de creación de una élite del saber y del conocimiento teórico, que tiene como fin la producción de nuevos saberes y conocimientos. La universidad no cumple con la función tradicional de crear, por ejemplo, un Albert Einstein, sino de ofrecer una salida profesional a centenares de jóvenes que adquieren a través de sus estudios superiores los instrumentos teóricos y prácticos para incorporarse al mundo laboral.

Referencias

- Arendt, H. (1996). *Entre el pasado y el futuro: Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Península
- Habermas, J. (1993). *Teoría y Praxis: Estudios de filosofía social*. Rei-México
- Jacquard, A. Manent, P. Renaut, A. (2004). *¿Una educación sin autoridad ni sanción?* Paidós
- Ferry, L. Renaut, A. (1999). *Philosopher à 18 ans*. Grasset
- Nussbaum, Martha C. (2005). *El cultivo de la humanidad: Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*. Paidós
- Renaut, A. (1995). *Les révolutions de L'université*. Calmann-Lévy.
- (2004). *La fin de L'autorité*. Flammarion
- Ricoeur, P. (1991). *Lecture 1, Autour du politique*. Seuil
- Rousseau, J.J. (1996). *Émile ou de l'Éducation*. Flammarion